



MUJER CON JAULA, 1967

MUJER CON JAULA
Berbel

MUJER CON JAULA

Berbel

Las cosas se detienen a tu alrededor, Antonio. Yo casi no me daba cuenta de que así son algunas cosas: detenidas, observables, expectantes.

Cuando alcé la vista desde el mismo suelo donde me encontraba jugando en el patio de mi tía Candelaria. Sí Antonio, ese patio lleno de macetas por todas partes, maceteros y flores, pajareras y jaulas vacías, chorrillos de agua de la talla, helechos colgantes, y el fresco de los días preciosos y la infancia. Cuando levanté los ojos, ella se giró hacia mí, me miró callada como miran las mujeres fuertes y sinceras, las capaces de “ordenar y sostener un mundo” y con “esos ojos tan abiertos, tan francos” que “parecen sorprendidos de que alguien los observen” –que diría Eduvigis- y fue entonces, cuando por arte de magia y hechizos, el color y la materia me arrastraron y metieron dentro del marco de un cuadro, en el lago cremoso de tus óleos y los trazos de tus líneas. Aquella mujer de negro triangular, de gesto triangular, de cuerpo triangular, seguía manteniendo la blanca jaula del pajarillo como si todo se congelara cálidamente. El aire se detuvo entre las hojas de las plantas, la respiración de la gama cromática se petrificó como la cera de un panal inmenso y la Mujer con jaula conquistó el territorio de la eternidad.

Ella me hablaba desde el silencio como hablan las nubes, sin mover los labios, me contaba del luto que tenía, que llevaba por su padre desde hace años, que ni recordaba ya aquellos paseos alrededor de la plaza en las fiestas de Santiago y el sabor de los turrónes de las ferias. De su casa a la iglesia y de la iglesia a su casa, los únicos trajines. Chonita le había contado de tantas cosas nuevas que corrían por el pueblo de boca en boca (lo del hijo de Tomasa, lo de la más chica de los Suárez, y la de

tantos chismes que siempre se han de dar). María le trajo un tostador de esos que se hacen en los Caideros, tan precioso, almagrado y brillante. Eso fue hace más de treinta años, hoy lo mira como si lo acabara de ver por primera vez, con el mismo asombro con el que vio una cometa hace ya tanto.

Tantos recuerdos guardados en la conciencia y que nunca saldrán.

Antonio, pero tú sabes que la Mujer de la jaula siempre ha sido así, discreta, seria, paciente y de su casa. De las cuatro paredes de su casa, de su cuadro, con sus bichillos y sus plantas, único entretenimiento y dedicación. Sí, de vez en cuando se pone a calar algún mantelillo, pero la vista ya no es la que era, ya no le acompaña igual que antes, y tarda la intemperata en acabarlo. Después llegan las chiquillas de Nasaria, aquellas que se criaron en Sardina, y en menos de un segundo acaba regalando las piezas de tela primorosamente caladas.

Seguramente conoció al "Pistolera", lo habría visto en más de una ocasión, sobre el caballo precioso que tenía y ese aire de leyenda maravillosa que envuelve a los personajes populares. Le habían dicho que está enterrado en el viejo cementerio de La Aldea de San Nicolás de Tolentino, y que en su nicho hay una fotografía pequeña de él, un retrato, con aquellos bigotes de la época que llevaban los hombres de antes. Esos otros cuadros maravillosos de la vida.

Ah, esta Mujer ha visto tantas cosas que a veces es un misterio cómo se pueden quedar convertidas en manchas y líneas la sustancia y la materia de tantos sentimientos en un lienzo.

Alguna vez pensó abrir la jaula, soltar ese canario que canta como un sol, dejar las macetas encharcadas de agua y escaparse del cuadro. Sólo pensamientos, majadería, un pronto.

¿A dónde mejor que ir? ¿a Las Palmas, al Valle, a Teror? No, mi niña –se decía- a mí no se me ha perdido nada en esos lares. Y ya tú ves, nunca me falta gente. Gente que me mira y me observa a cada rato con el mismo silencio que el mío, con la misma parsimonia que la que yo tengo. Gentes extrañas y de tantos lugares, gentes estudiosas y gentes sencillas. Y así hasta que se me borren los colores del mundo o se les borren los ojos a las gentes.

Ay, pero no te marches, es temprano, aún no han tocado las campanas de la iglesia del pueblo, de nuestra querida Gáldar. En un momento preparo un cafelito y nos lo tomamos, Antonio, tú y yo.